

EL MISTERIO DE LA SALVACIÓN EN LA ENSEÑANZA DE SAN PABLO

1. ¿Por qué tratar del misterio en san Pablo?

Un concepto que aparece muchas veces en las cartas de san Pablo es misterio. Misterio, en la reflexión teológica de san Pablo, es el proyecto salvífico que Dios tiene sobre la humanidad. Dios quiere salvar a la humanidad y tiene un plan para concretar ese deseo. El misterio es la decisión tomada por Dios para salvar al hombre. En la Carta de los Efesios se dice acerca del Padre: «dándonos a conocer el Misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos» (Ef 1, 9-10). El misterio de Dios no es otro que su voluntad, la cual será realizada por Cristo en la plenitud de los tiempos.

2. ¿El misterio tiene que ver con Jesucristo?

Sí. Es claro en la teología de san Pablo que el misterio tiene que ver con Jesucristo, más aún, el misterio es Cristo, quien, a su vez, pone de manifiesto el misterio de Dios «dándonos a conocer el Misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos» (Ef 1, 9-10). Colosenses 2, 2b-3 afirma: «...alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios (de Cristo), en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». Pablo presenta a Cristo como el misterio de Dios, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de la divinidad. Según algunos, en este texto se ve la identidad del Misterio de Dios y el Misterio de Cristo.

El texto sostiene también que en Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. En Cristo se da de forma ilimitada la participación de los atributos divinos; y al afirmar esto se está proponiendo su divinidad.

3. ¿La cruz tiene algo que ver con el misterio de Cristo?

En la primera carta a los Corintios leemos: «Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo -pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria-» (1 Cor 2, 1-8), Pablo presenta como en ningún otro lugar, el significado y la grandeza de la cruz de Cristo.

Todo el texto gira en torno al doble contenido de una idea única: en primer lugar, que en la cruz de Cristo se esconden tanto la sabiduría como el poder de Dios; y en segundo lugar, que creer en la capacidad salvífica de la cruz equivale a admitir su misterio, a reconocer a Jesucristo como el único Salvador, y a proclamar que sólo en el poder de la sabiduría escondida en la cruz se ha de apoyar quien quiere anunciar a los hombres la posibilidad de ser salvados.

Con el padecimiento del suplicio de la cruz, Cristo reveló el poder salvífico de la misma, y la instituyó como punto de partida para alcanzar la sabiduría, no de los sabios de este mundo sino de cuantos creen en el Señor, así se puede leer en la Carta a los Corintios: «Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo. Pues la predicación de la cruz es una locura para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el intelectual de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios, en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la locura de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que los hombres.»(1 Cor 1, 17-25). La cruz participa del misterio de Dios por cuanto a través de ella Dios ejecuta de manera definitiva su voluntad salvífica en favor de los hombres.

4. ¿Y la resurrección es parte del misterio de Cristo?

Sí, evidentemente. La resurrección como es presentada por Pablo en la carta a los Efesios, equivale a testimoniar que Cristo recibió del Padre un poder de amplitud universal «....para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad...» (Ef 1, 10-11).

Presentar a Cristo como Cabeza de cuanto existe, es una idea dominante en esta carta, aunque en verdad se trata de una doctrina fundamental en el pensamiento paulino.

Reunir en Cristo todas las cosas al llegar la plenitud de los tiempos significa que, en virtud de la muerte y resurrección de Cristo, se cumple en el tiempo la plena voluntad salvífica de Dios, que había dado comienzo en el momento histórico en que determinó llevarla a término, dentro de una circunstancia temporal e histórica.

El tiempo ha alcanzado la plenitud no en virtud de factores propios de la temporalidad, sino a través de la ejecución del misterio del Padre, que ha enviado a Cristo para hacer operativamente presente el plan salvífico de su voluntad.

Cristo resucitado es el Señor del tiempo, al que le ha otorgado por su venida un sentido de plenitud.

En la resurrección, además, Dios le ha conferido a Cristo el poder universal y cósmico: «Según la fuerza de su poderosa virtud, que (Dios y Padre de la gloria) ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación y de cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. A él sujetó toda la realidad bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia» (Ef 1, 19-22).

La resurrección es el momento en el que se revela la plenitud del poder universal de Cristo. Cristo, desde su resurrección, es aclamado por Pablo como el *Kyrios*, como el Señor al que se la ha sometido en plenitud toda la creación.

Con esta entronización ha terminado la manifestación del misterio de Dios, y ha quedado cumplida y revelada la voluntad universalmente salvífica del Padre.

5. ¿Después de la muerte y resurrección de Cristo podemos aún encontrarnos con su misterio?

La obra salvadora de Cristo tiene, según Pablo, un concreto campo de acción en la Iglesia de Cristo. En la Iglesia se encuentran en igualdad el judío y el gentil, el libre y el esclavo, el hombre y la mujer «En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». (Gál 3, 27-28). A la Iglesia, en cuanto Cristo lleva a su término en ella y por ella el misterio salvífico del Padre sobre todos los hombres, se la ha de entender como una realidad al servicio de Cristo, por medio del cual pervive en el tiempo, y se lleva a su total cumplimiento el misterio como designio salvífico de Dios Padre en Jesucristo.

La Iglesia ejerce una función instrumental, por cuya mediación se aplica a los hombres el misterio salvífico del Padre, llevado al cumplimiento en su Hijo Jesucristo.

Aprobado por el Señor Cardenal Arzobispo Primado
el 19 de abril de 2009,

Fiesta de la Divina Misericordia